



PAZ Y BIEN



Domingo de Pascua
5-IV- 2026



"No teman; avisen a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán"

Domingo de Pascua

5-IV- 2026

Textos:

Hech.: 10, 34a. 37-43.

Col.: 3, 1-4.

Mt.: 28, 1-10.

"No teman; avisen a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán"

En este Domingo de Resurrección celebramos la etapa fundamental del plan salvífico. En torno a este acontecimiento gira todo el año litúrgico, porque la resurrección de Cristo es el momento y la causa fundamental de nuestro regreso a Dios y de la consagración a Él de toda la humanidad. Pero no podemos negar que celebramos esta Santa Pascua en una situación de mucho dolor a causa de la o las guerras, es un momento de oscuridad y de la tentación de la desesperanza. Por ello debemos dirigir nuestra mirada hacia la Luz de Cristo resucitado y así encontrar la fortaleza y la esperanza que al fin el bien triunfará sobre el mal.

Son tiempos dolorosos especialmente para tantos hermanos que están sumergidos en la muerte y la destrucción.

No dejemos de pedir a Cristo resucitado la gracia de la Paz que Él nos dejó.

La resurrección del Señor es el fundamento de nuestra fe, y así lo expresa claramente san Pablo: *"...si Cristo no resucitó, es vana nuestra predicación y vana también la fe de ustedes"* (I Cor. 15, 14ss). De esta manera la fe cristiana se mantiene o cae con la verdad del testimonio de que Cristo ha resucitado de entre los muertos.

Dios no es una idea, es una persona que se hace visible en su Hijo hecho hombre que por nosotros murió y resucitó; este es nuestro anuncio, nuestro mensaje: *"¡Cristo ha resucitado!"*, y en pos de sí arrastra no solamente al hombre, sino a la creación entera y la inunda con Su luz (cfr. P. De Lubac, *El drama del humanismo ateo*).

Con la resurrección de Cristo ha sucedido algo verdaderamente nuevo que cambia el mundo, la historia y la situación del hombre.

Hermanos, *“nadie en el mundo ha dejado tras de sí un ‘sitio vacío’ como el que ha dejado el que ayer yacía en el sepulcro. Él, que entró en la historia con tanta fuerza, ya no es aprehensible dentro de ella. ‘Ha resucitado como había dicho’ ha abierto en la historia cerrada una brecha que ya no se cerrará nunca”* (Von Balthasar). Cristo *“llegó a ser la muerte de la muerte”* (San Cirilo de Alejandría).

Con la Encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios se inaugura el humanismo cristiano, y llega a su plenitud con la resurrección, ésta es la propuesta cristiana para la humanidad por la que todos somos llamados a una plenitud definitiva y victoriosa sobre la muerte.

La resurrección de Jesús que nos abre las puertas de la vida para siempre es el corazón del humanismo cristiano, pues *“la resurrección de Jesús – dice Benedicto XVI – ha alcanzado una nueva posibilidad de ser hombre, una posibilidad que interesa a todos y que abre un futuro, un tipo nuevo de futuro para la humanidad”* (Jesús de Nazaret).

Hermanos, el misterio que hoy celebramos nos revela el amor de Dios hacia nosotros y nos descubre nuestra altísima vocación y destino (cfr. G. S. 22). Cristo por su resurrección es para el hombre el *“Principio de una grandeza inalienable”* (p. De Lubac, op. cit.).

El Evangelio nos demuestra que contra toda pauta cultural del pueblo judío, son las mujeres las primeras, entre los discípulos, en tener experiencia de la resurrección y se transformaron en las primeras en dar la Gran Noticia, la Buena Nueva que atravesará los siglos y las culturas. Así se manifiesta como la condición de discípulos-misioneros brota de Jesucristo resucitado como de su fuente (cfr. Doc. Apar. 184).

Al contemplar la escena en la que Jesús resucitado envía a las mujeres a anunciar lo que vieron a los apóstoles, comprendemos que *“el impulso misionero de nuestra vida hay que vivirlo partiendo de esa experiencia esencial”* (Mons. Van Thuan); es la experiencia de la Iglesia naciente y que Pedro manifiesta afirmando: *“...comimos y bebimos con Él, después de su resurrección”*.

Es con lo ojos fijos en Cristo resucitado que se emprende el viaje hacia el hermano para llevarles el anuncio consolador que Cristo ha resucitado.

Las mujeres, con temor pero llenas de alegría, se ponen en camino para compartir la experiencia del acontecimiento que funda nuestra fe; ellas nos recuerdan que nuestro gozo es anunciar al Señor resucitado.

Hermanos, sabemos que los tiempos no son fáciles para la misión; pero escuchemos no solo al Ángel que exhorta a las mujeres a no tener

miedo, sino al mismo Señor que trata de quitarles el miedo preparando el camino de la fe (cfr. San Juan Crisóstomo, Hom. sobre el Ev. de Mateo p. 93).

Pidamos al buen Dios, no ayude a descubrir siempre en Cristo resucitado, al Viviente, al que hace todas las cosas nuevas (cfr. Ap. 21, 5), y así ser testigos fieles y alegres de quien es nuestra vida (cfr. Col. 3, 4).

¡Felices Pascuas!

Amén.

G. in D.